

LOS DOMINGOS DE LA GACETA UNIVERSAL.

11 DE AGOSTO DE 1878 - NÚM. 6

Ecos de la semana.

Las dos justicias.—Las mujeres.—Sin agua.—Una deuda.—La Correspondencia de los Bufos.

No extrañareis que sea un eco de dolor el primero que en estas líneas repercuta. La justicia humana ha pronunciado un fallo, y el infeliz reo ha pasado las fronteras del reino de la vida.

Ha emprendido un viaje del cual no ha de volver. Dios se haya apiadado de su alma. ¡Ah! Quizá en los momentos en que era aquí condenado por los hombres había sido ya perdonado por Dios desde la altura.

Quizá se remontaba su espíritu purificado y sin mancha en el instante mismo en que su cuerpo, exhibido en lugar afrentoso, era cínicamente contemplado por una muchedumbre sedienta de emociones.

¡Qué hermoso es encontrar el tribunal de la misericordia a tan pocos pasos del tribunal de la justicia!

Pero hagamos lo que hizo ese mismo público que presencié el triste espectáculo. Desde la Pradera de Guardias se dispersó en bullicioso tropel por las alegres calles de la villa y corte.

La muerte del individuo es sólo un calderon apenas perceptible en el sonoro concierto de la vida universal.

¿Quién no escucha el alborotado rumor de las carcajadas con preferente atención al sordo quejido del sollozo?

Después de todo, para transigir con la vida, es preciso que el dolor transija casi siempre con el placer.

Las lágrimas, que son el rocío del alma, marchitan sin embargo, las rosas de las mejillas.

Preguntádselo a la mujer. Por eso es cada vez menos sensible la dulce compañera de Adán.

Y entre paréntesis, ¿creéis que es la mujer el más perito juez de la mujer?

¿Creéis que son más aptas que nosotros, ó tan aptas al menos, para juzgar los atractivos de su sexo?

No negareis que la hermosura es idea eminentemente relativa; así ha podido decir un autor que la europea, para parecer bella, se pinta de blanco y rojo, y la mujer salvaje de azul y verde; que en una nación se busca una cintura esbelta, ojos grandes y cabellos rubios, y en otras mujeres gruesas, con ojos pequeños (?) y trenzas negras.

Pero, ¿aprecian esa idea de relacion con superior ó con igual criterio las mujeres que los hombres?

No temo contestar negativamente. He observado que una mujer suele equivocarse de la manera más lamentable respecto de la belleza de otra.

Yo oí decir á una de las concurrentes al último concierto:

—Parece imposible que Juliana guste tanto.

Y fulana era una morena deliciosa. Esto se explica, no obstante.

Nadie venera menos á los santos que los monaguillos.

Por otro lado, para saber lo que vale una onza de oro es preciso no tener ni una peseta.

¿Y qué mujer no ve en otra la escultura sin prestigio? Es decir, ¿qué mujer no posee siquiera la peseta, y en tal concepto, cómo ha de estimar en todo su valor la onza?

Mujeres y pesetas han sido tambien los principales elementos en el último acto de rebelion que registran los fastos del desorden.

Sublevaronse las aguadoras del Prado, negándose á pagar un nuevo impuesto, y allí donde se servia el intermitente líquido del Lozoya, la sed extendió su pavoroso imperio.

El ayuntamiento tenia ciertas cuentas pendientes con el agua y ha querido que las paguen las aguadoras.

Conociendo al personal, yo os aseguro, sin embargo, que no se ha roto la cuerda por lo más delgado.

La escena en la taberna americana. Un caballero del mejor aspecto pide una copa, luego otra, despues un emparedado, á continuación un pastel....

Y, por último, pide que se le presente el dueño.

Este acude respetuoso, y entre ámbos se entabla el siguiente diálogo:

—¿Usted no me conoce?—pregunta el consumidor.

—No tengo la honra,—contesta el interpelado.

—Yo vengo á cumplir un deber de

conciencia. Hace cinco meses; era una noche de Carnaval; fui al baile que se daba en el teatro Real. ¿Se acuerda usted qué magnífico espectáculo ofrecia el salon de la plaza de Oriente? Entré en el buffet que usted tenía á su cargo.

—Es verdad.

—Pero ¿salió sin pagar el gasto que había hecho... Hoy quiero satisfacer la deuda.

—No recuerdo.

—¿No recuerda usted? Precisamente iba con ese amigo mío que ahora cruza por allí.

Y el caballero se dirigió á llamar á su amigo.

—¡Buena sujeta!—exclamaba entre tanto el dueño del establecimiento.

—¡Aun hay quien siente escrúpulos de conciencia!

—¿Ustedes han vuelto á ver al caballero?

Pues el dueño tampoco.

Se ve, en efecto, que aún hay quien siente escrúpulos de conciencia.

Ha aparecido el primer número de la Correspondencia de los Bufos.

Su lectura es amena, pero su utilidad indudable.

Contiene un vale, mediante el cual se obtienen en el despacho del circo del Principe Alfonso dos localidades á mitad de precio.

¿No sería lo mismo, matemáticamente hablando, que diesen una de balde?

DOMINGO.

Higiene popular.

LOS BAÑOS.

Muy generalizada está la idea de que los baños son más bien un placer que un remedio; pero ¡ojalá que todas las cosas que se hacen por placer fueran tan útiles como los baños! Suelen renimir, es verdad, lo agradable á lo útil, pero esto, lejos de quitárselo, aumenta su mérito.

Bien puede decirse que una de las cosas que sirven para formar juicio acerca del grado de civilizacion de un pueblo son sus establecimientos balnearios, y aunque no han faltado épocas en que se ha abusado de ellos hasta un punto lastimoso, todavía estamos muy lejos, por desgracia, de que entre nosotros se pueda temer que llegue un día en que se parezcan á los de los romanos en el tiempo de su decadencia.

Los habitantes de las costas y de las márgenes de los rios se suelen bañar en verano, porque de muchachos adquieren la costumbre de meterse en el agua el día que hacen avivilos en la escuela; pero los que no se encuentran en caso semejante, acostumbran á mojarse el cuerpo solamente cuando les coge en el campo alguna tormenta.

Es muy de lamentar que no se piense más en la creacion de baños públicos, pues de la manera que hoy están establecidos, más bien son un artículo de lujo, que sólo se pueden permitir las personas de cierta posición social.

Las ventajas de los baños son inapreciables bajo muchos conceptos. La primera y una de las más importantes es la de poner la piel en condiciones de funcionar con más actividad y desembarazo, y hasta qué punto son importantes las funciones de la piel, lo dice el hecho de morir casi todos los desgraciados que sufren quemaduras muy extensas, por más que salven los primeros, y al parecer, más graves peligros del accidente.

Una de las cosas que más pronto hace el fuego es destruir las glandulitas que sirven para la traspiracion, y la traspiracion es tan indispensable como la respiracion misma. Un hombre que se embadurne el cuerpo con grasa no podrá traspirar y tardará poco en experimentar las angustias de la asfixia.

Además, la exhalacion del sudor mantiene el cuerpo en el grado de temperatura más conveniente para la vida. Cuando un individuo se mueve mucho, se agita, este movimiento produce gran cantidad de calor, que le abrasaría si no se llenara la superficie de su cuerpo de un sudor que, al evaporarse, produce frio y le refresca por el mismo procedimiento que los botijos de Alcorcon refrescan el agua. Pocos habrá que alguna vez no hayan experimentado ese estado de irresistible malestar con que comienza una fiebre, por ligera que sea, y el notable alivio que se advierte así que comienza á producirse el sudor.

Estas solas consideraciones bastarian para dar á los baños la mayor importancia, si, como ya he dicho más arriba,

no tuviesen además su lado agradable y recreativo. Desembarazada la piel de las sustancias que en ella se van depositando, ejerce sus funciones con mayor regularidad, y bien puede decirse, sin exagerar, que, regularizada la vida en su superficie, lo está tambien en las demas partes del cuerpo.

Los baños tibios, los baños de placer causan una sensacion sumamente agradable, y por regla general, no producen perjuicio ninguno; pero si se abusa de la temperatura, si se toman muy calientes, ya son mayores los inconvenientes que las ventajas que pueden traer, y por eso es preciso abstenerse de ellos, siempre que no se tomen como remedio ó por prescripcion facultativa.

En primer lugar, rechazada bruscamente la sangre de la superficie del cuerpo, suele agolparse en la cabeza, que siempre tiene que quedar fuera, y es muy fácil que dé lugar á una congestión y á un á una apoplejía. Por eso á los enfermos á quienes se dan baños muy calientes se les acostumbra á colocar en la cabeza una esponja con agua fria.

Además, la extraordinaria actividad que se llama á la piel produce una abundantísima cantidad de sudor, que debilita en alto grado al individuo, y al menor descuido que tenga al salir del baño le expone á enfermedades de consideracion.

El baño verdaderamente higiénico, el baño cuyo uso conviene propagar hasta que llegue á constituir un verdadero hábito popular, es el baño fresco.

El primer efecto que produce la aplicacion del agua fresca es: rechazar la sangre hacia el interior; si la accion del frio continúa, no puede volver á la superficie, queda retenida en los órganos internos y produce en ellos congestiones y á un inflamaciones; pero si está accion es pasajera, vuelve inmediatamente al sitio que ocupaba, desarrollando mayor actividad en todo el aparato de la circulacion y produciendo un estado altamente favorable á la nutricion.

Esta reaccion es tanto más intensa cuanto más fria está el agua, y por eso los baños de esta especie deben ser de corta duracion y conviene muy especialmente á los niños y jóvenes; no ocasionan pérdida de fuerzas y su efecto es muy saludable, sobre todo en invierno. Estos baños, muy prolongados ó excesivamente frios, son ocasionados á muchos peligros y como los muy calientes suelen convenir no más que á los enfermos, deben tomarse solamente por consejo del médico y siempre bajo su direccion.

El agua fresca en toda la superficie del cuerpo da lugar á la pérdida de una gran cantidad de calor, y por eso no es fácil la permanencia en ella más allá de algunos minutos; pero hay un medio de conseguirla, y es la actividad dentro del líquido, ó sea la natación.

Entonces el calor que el agua roba al cuerpo es reemplazado por el que produce el movimiento, y como no tiene tiempo de acumularse en ninguna parte, no llega á causar molestia. En estas condiciones, el baño queda reducido á un ejercicio gimnástico, el más cómodo, el más igual, el más agradable y útil de todos. No queda en el cuerpo una fibra que no se ponga en actividad regular, suave y metódica por medio de la natación; y esto sin contar con la ventaja que tiene el saber nadar al encontrarse en peligros de cierto género.

Es de lamentar que en Madrid, donde se hacen tantas cosas inútiles ó puramente superfluas, no se haya pensado en establecer albercas ó piscinas, en las que con la debida comodidad y decencia pudieran los aficionados dedicarse á este ejercicio y aprenderlo los jóvenes, de cuya educacion debiera formar parte integrante. Podrian utilizarse para ello las aguas del Lozoya, tan abundantes hoy, mitigando su excesiva frialdad cuando fuese necesario por medios fáciles y que no son de este lugar.

Entre tanto, habremos de contentarnos con esas charcas artificiales del Manzanares, que tanto han dado que decir á todos los poetas satíricos, desde Quevedo á Ricardo de la Vega, ó con recorrer distancias de alguna consideracion, si hemos de encontrar agua limpia.—BRUNO AMBLAY.

Libros nuevos.

El bucy suello... Cuadros edificantes de la vida de un soltero, por D. José María de Pereda, C. de la Real Academia Española. Madrid, 1878. Imp. de Tello.

La apologia del matrimonio y la defensa de la familia han sido siempre,

son y serán de los temas en que mayor lucimiento puede encontrar la pluma de todo escritor honrado. Temas inagotables y fecundos ofrecen siempre, á quien sepa tratarlos, frases nuevas y aspectos desconocidos; así se explica que no se haya dicho nunca ni pueda decirse la última palabra sobre ellos.

Cierto que no han faltado desdichados apologistas del matrimonio que, con su defensa, hayan hecho vacilar á los tímidos y retraerse á los dudosos; cierto que no han faltado abogados del matrimonio que en prosa y en verso parecen haberse complacido en poner en ridículo el lazo conyugal; pero para contrarrestar el efecto contraproducente conseguido por los malos escritores, están las obras de los buenos, y entre las mismas puede colocarse en muy preferente lugar la que acaba de publicar el literato montañés Sr. Pereda.

Muchos y muy envidiables triunfos habría conquistado ya con sus libros *Escenas montañesas*, *Tipos y paisajes*, *Botetas al temple* y *Tipos trashumantes*; pero en *El bucy suello*... ha podido agregar á la gloria del escritor la satisfaccion del moralista que, cumpliendo con su propia conciencia, la adquiere de haber hecho un bien á la humanidad.

El último libro del Sr. Pereda no es, propiamente hablando, una novela; no es tampoco un tratado de moral social; es un cuadro fotográfico arrancado á la época y presentado al público sin retoque. De aquí que la obra adolezca de un excesivo realismo; de aquí que presente excesivamente al descubierto algunas repugnantes llagas, que el arte hubiera debido acaso disimular. La figura de Gedeon, personificacion admirable del soltero recalcitrante, es admirable por su verdad y por la riqueza de sus detalles, y cuantos individuos giran alrededor de ella, son otras tantas acabadissimas reproducciones de la sociedad moderna. El autor presenta al protagonista como predicador y víctima de sus propias predicaciones; le acompaña durante el calvario de su vida de soltero, haciendo que el lector sea testigo de sus flaquezas humanas y de los terribles castigos de tener que aguantar hijos extraños, no queriendo tolerar á los propios; de robar por fondos y hospedajes abandonando su propia casa; de haber rechazado honrosos partidos y recibir el nombre de hijo de un zapatero, borracho y ladrón; de verse asediado durante sus enfermedades por parientes que nunca soñó tener, y finalmente, de escuchar durante su postrera agonía las descompuestas injurias de cuantos le reclaman el cumplimiento de pesados deberes, sin más consuelo que la fe salvadora y el tardío arrepentimiento de lamentables errores. Para que el *Bucy suello* fuera novela, le falta verdaderamente enredo novelesco; para que fuera un simple estudio crítico, le sobran importancia y dimensiones. El libro, sin embargo, tal como es, se lee con interés creciente, porque en todas y en cada una de sus páginas abundan observaciones saludables y preceptos de la más pura moral, expuestos con sumo gracejo y fina y acertada crítica. El Sr. Pereda ha tenido el acierto de presentar un tipo nuevo y altamente simpático en su libro: el tipo de un médico que, á diferencia de todos los que suelen presentar los novelistas, deduce de las luchas de la materia conclusiones de un idealismo que seduce y encanta. Aquel médico ha formado su corazón á la cabecera de sus enfermos, hallando en el seno de las familias de los mismos todas las virtudes y todos los consuelos de que es susceptible el corazón humano; allí, según sus frases, entre la prosa de los jaropes y de los ayes, ha visto el amor desinteresado, la abnegacion y el heroísmo lucir como las estrellas en el cielo y brotar como las flores en la primavera. El doctor que pinta el señor Pereda es de los que aceptan y respetan á las mujeres que poseen, los hombres que trabajan, las madres que viven para sus hijos y los padres que cumplen con sus deberes, y oponiendo á los argumentos de un celebre novelista francés los que le proporciona la vida real, exclama elocuentemente:

«Yo que peino canas y tengo á mi lado una esposa con arrugas, no trocaré por aquellas ilusiones que duraron un día, como todo lo carnal y voluptuoso, el ineffable placer que siente mi alma desde el instante en que se fundió en la suya el sublime consuelo de venir atravesando juntos el desierto de la vida, prestandole yo mis fuerzas y ella auxiliandome con las suyas; y, por úl-

timo, la dicha de verme revivir en mis hijos, de verlos crecer y de dirigir sus corazones para que sus virtudes puedan llegar á ser un dia corona de mis canas, y acaso, más allá, la gloria de mi nombre ó de su patria, á cuyo fin les ponga, como perenne juez de sus actos, á Dios de quien proceden y á quien irán, si á su ley no faltan mientras acá abajo lidian, que á eso venimos á este campo de batalla, contra las propias pasiones y el rudo acometer de las afecciones. Así pensando y así sintiendo, ni yo veo sus arrugas, ni ella en mis canas ve reparo; y cuanto más el cuerpo se encorva hacia la tierra que le llama, más risueño y más ufano se eleva mi espíritu hacia Dios, que es su dueño y su destino.»

Quien así siente y quien así escribe bien merece cordial y simpática acogida en las familias; nada nuevo diré, sin duda, con mi humilde y desautorizada opinion; pero deber es, y como deber lo cumplo, señalar la aparicion de obras que, como *El bucy suello*... llevan en sus páginas la semilla de un bien, aquí donde es forzoso sostener diaria y desigual batalla contra los sostenedores del error y los apóstoles de perniciosas doctrinas.

Historia del tratamiento metalérgico de azogue en España, por D. Luis de la Escosura y Morrogh, ingeniero del Cuerpo de Minas.—Madrid, 1878, imprenta de Tello.

Elegantemente impresa, acaba de repartirse este notabilísimo trabajo del Sr. Escosura, premiado por la Escuela especial de ingenieros de minas, con arreglo á la convocatoria hecha en virtud del legado del Sr. D. José Gómez Pardo. El Sr. Escosura, con una buena fe que le honra, declara en el preámbulo de su Memoria que los datos y apuntes que le han servido para la misma fueron tomados en Almadén, en 1872, por una comision de que formaban parte juntamente con él los Sres. D. Federico Botella y D. José Soler; que dicha comision se extendia al estudio comparativo de los dos sistemas de beneficio del azogue generalmente admitidos, y al de otro tercero inventado por el ingeniero francés M. Pallet, si bien este último, por causas ajenas á la voluntad de los comisionados, no pudo ensayarse convenientemente. El Sr. Escosura hace recaer sobre sus compañeros los Sres. Botella y Soler la honra de haber verificado los acopios y clasificacion de los minerales, de ser los autores de los dibujos que acompañan á la Memoria y de haberle prestado muy eficaz cooperacion en todos los trabajos de laboratorio, así como tambien expresa su gratitud á cuantos contribuyeron en mayor ó menor escala á facilitar el cumplimiento de la mision que le había sido encomendada.

Incompetente para analizar la obra del Sr. Escosura bajo su aspecto científico, debo limitarme y me limito á esta ligerísima indicacion puramente bibliográfica.

El noticiero.

Si fuera posible que llegase un día en que los hombres, emancipándose del yugo á que la curiosidad los tiene sujetos, perdieran, con el afán de comentar todo, el indiscreto deseo de no ignorar nada; si las repeticiones y la fama sólo el verdadero mérito las usase, como sólo el talento y el genio pueden usar obras dignas de justo renombre; si una moda menos voluble, caprichosa y vengal que la que hoy nos tiraniza, desterrase de las costumbres el lujo de la publicidad y de ciertos periódicos el bombo y el platillo de que se hace tan frecuente uso, el noticiero dejaría pronto de existir, perdería con la importancia suprema del ministerio que ejerce, el aplauso que todos le prodigan, y los que hoy se envanece con su amistad y le adulan porque le han de menester, volveríanle la espalda desdeñosos, y aún no es difícil que, poco contentos con la indiferencia, llevaran su conversion hasta culminar al noticiero acusándole de imprudente promulgador de secretos y de chismoso vulgar, más á propósito para el oficio de alarmista que para el de pesquisador de cuentos y sucesos que deben referirse y públicamente conocerse.

«Pero puede verificarse un cambio tan radical en la manera de ser á que la actual sociedad hállase habituada? Habrá en estos dias que corren quien no ansie vivamente saber todo lo que se dice y todo lo que se piensa y todo lo que se hace y hasta lo que no se hace, ni se piensa, ni se dice? Existirá

alguien tan equivocado en lo que a la superficialidad de nuestra época respecta que no vea en la publicidad, y el anuncio pagado y el propio encomio el milagroso medio de alcanzar grandes posiciones, eleva los puestos, famas vitalicias y aplausos en usufructo? Escasean los que tienen por el verdadero néctar delicioso de los indios ver su nombre en letras de molde, adornado con las palabras notable ó distinguido? Seguramente que no; de aquí que el noticiero, autor de tan raras maravillas, sea reverenciado y enaltecido por todo el mundo, un filón para los que se proponen medrar á golpes de bombo, una necesidad para un periódico y hasta si se quiere una víctima de los quinientos duros que cobra por mensualidades vencidas.

Los preliminares para cursar con aprovechamiento carrera tan meritoria como poco lucrativa, no suelen ser por regla general muy penosos, de suerte que, así como Dios hizo el mundo de la nada, cualquier director de periódico puede improvisar un noticiero y pasearle por todas las dependencias del Estado, en la seguridad que con un poco de atrevimiento y otro poco de ingenio ha de hacerse famoso en el oficio. Tienen algunos por virtud suprema en la carrera de noticiero, y digo carrera, porque pocas hay tan largas como las que el noticiero tiene que recorrer de continuo, la de ser incansable como el camello, y corredor como los galgos; así es que el mérito de encontrar noticias se le conceden mejor á las piernas que á la inteligencia; pero eso no es cierto, y menos que nunca en la actualidad.

Hoy no hay noticiero posible sin ingenio y travesura. De ella necesita valerse para inventar sucesos con la santa intención de conmover al público, y más que nada para que no pierdan novedad las noticias de crisis, diariamente repetidas, porque la mayoría de los españoles todo lo aguardan de los cambios de Ministerio, y como á esa mayoría es á la que hay que tenerla contenta, el noticiero que lo sabe dice, parodiando á Lope:

«Lo quiere el pueblo, y pues lo paga, es justo hablar de crisis para darle gusto.»

De ingenio ha de dar grandes pruebas cuando acuda á los ministerios en busca de noticias para su periódico, y sobre todo si el periódico en que redacta forma en las excomulgadas huestes de oposición. Entonces en los ministerios, desde el portero hasta el ministro, miran al redactor de noticias como un enemigo que se encubre para herir mejor y como un denunciador de todas las irregularidades en que los empleados públicos incurran, y no le facilitan ninguna noticia. Le dirán que nada ocurre aunque media España se amotine ó aunque se pierdan las elecciones, que es lo más raro y extraordinario que le puede suceder á un Gobierno; procurarán hacerle creer que no hay arreglos de personal, aunque dejen cesantes á los ordenanzas de todas las dependencias del Estado, únicos funcionarios expuestos á ver suprimidas sus plazas en holocausto á las economías; y le negarán, en fin, que se piensan hacer traslaciones de los cuerpos militares, aunque no haya un soldado quieto en toda España. Entonces el noticiero tiene que arrancar por la sorpresa declaraciones que, solventadas francamente, se le negarian, y por el hilo sacar el ovillo, que dice el refrán.

Aunque se pretenda lo contrario, fácil es demostrar que hoy el noticiero no podría entregarse dignamente al sabroso ejercicio de trotar en carrera limpia de ministerio en ministerio, de círculos en círculos, de cafés en cafés, y hasta de prevención en prevención; indudablemente, con esos trotes de sangre del noticiero, no podría menos de acalorarse, y él necesita sangre fría, sí, mucha sangre fría. ¡Cómo de otro modo escribir la noticia que un amigo le dicta para llamarle literato, cuando tal vez, tal vez no escribió más que cartas para la familia, y esas con borrones ortográficos! ¡Cómo sino oír con resignación y paciencia á los impertinentes que le acosan por todas partes demandando elogios y fama para obras que aún no han empezado á escribirse! Tan violentos ataques con la sangre acalorada serian sobrado suficientes para causar la muerte, no digo yo á un noticiero endeble, sino al mismo Sansón, si Sansón, en vez de tener su fuerza en los cabellos, la hubiera tenido en las cuartillas y los lapiceros.

El noticiero encuentra en su camino dos obstáculos, que se unen para impedirle llegar á ver realizados sus ensueños, y contra los que muchos veces es impotente por desgracia: uno, la burlona intención de algunos empleados; otro, el reducido sueldo que padece, más que disfruta, y que apenas si llega al del escribiente de la administración menos remunerado ó al del mozo que en todas las redacciones se emplea para recoger el correo y los billetes de teatro,

ó al del sereno de la villa más perezoso y maula de cuantos se duermen de pie, que son todos. Hay noticieros que cobran sueldos respetables, pues no hay que olvidar que los de noticias son en este país los únicos periódicos de vida desahogada y falsa; pero esos noticieros son los genios del oficio, y sus nombres se pronuncian con envidia por los aprendices; Vargas y Campo y Navas son para los que se dedican á cazar noticias, lo que Cánovas para un mal abogado diletante novicio en las lides políticas, lo que Campoamor ó Zorrilla para los poetas de albums de familia ó calendarios ilustrados, lo que Frascuelo y Lagartijo para los que se dejan coleta y toman café en el Imperial; el límite de las aspiraciones, la ambición suprema, el porvenir, de quien se ha dicho que es un dios inventado por la pereza. Hemos dicho que la burlona intención de los empleados públicos suele ser fatal para el crédito de los noticieros, y es verdad. No hay oficial del negociado de la prensa en ningún ministerio á quien no se le haya ocurrido hacer de cualquier día del año un día de inocentes, para decir á los noticieros que se ha ido á pique la fragata *Numancia*, cuando nada digno de contarse le ocurre; ó que se ha sublevado una población, cuando en España sabido es que no se conocen las sublevaciones; ó tal hombre político ha mudado de partido, como si aquí no fueran todos los hombres políticos leales á macha martillo, ó, en fin, que se está muriendo un ministro, cuando tal vez en aquel momento asiste á un banquete.

El distinguir en las noticias el oro del *double* es tan difícil como averiguar la legitimidad de los *perros chicos*, y el error sería fatal de no haberse inventado el sistema de las rectificaciones, y sin la práctica de decir con la mayor frescura, para subsanar equivocaciones: «mejor informados, podemos asegurar á nuestros lectores que no es cierto lo que ayer dijimos á propósito de la cuestión X.»

Todos los que conozcan que estamos en una época en que la mentira ha vendido al egoísmo, y que por lo mismo el refrán «tanto tienes tanto vales», hálle destronado y sustituido otro concebido en los siguientes términos: «tanto parecés, por tanto te tengo», no han de extrañar que el traje sea el mejor auxiliar para alcanzar grandes posiciones. El traje es el pasaporte de que el hombre se vale para viajar por la sociedad; presentadle limpio y encontraréis asilo en todas partes; mostradle sucio ó roto, y como si enseñáseis el amarillento pasaporte del presidiario, no encontraréis más refugio que la caridad ni nadie que os proteja. Pues bien: pocos como el noticiero han menester cuidarse el traje, porque él le abre todas las puertas y le conquista amigos.

Un noticiero que rinde tributo á la puntualidad, pocas veces corre peligro de extralimitarse, porque pocas veces deja de estar en su *control*. Tienen unos por centro el ministerio de la Gobernación, que es en tiempo de paz el de mayor importancia, otros van á Fomento y Ultramar, muchos recorren todas las prevenciones, y en los periódicos pobres, que son los más, no es raro encontrar un noticiero con el deber de visitar todas las dependencias del Estado, pero con el sacratísimo derecho de no moverse, que frecuentemente ejercita.

La aristocracia de los noticieros se reúne en el café de *La Iberia*. Allí, convirtiéndose en escritorio una mesilla de mármol blanco, sobre la que se ven desparramadas algunas cuartillas de papel, con cuya blancura fué poco respetuoso el afilado lápiz, conversando con unos y con otros, preguntando á todos, utilizando los buenos servicios de algunos *reporters* gratuitos que le miran con cierta adoración religiosa, y tienen su amistad por tesoro inapreciable, el noticiero con maravillosa rapidez, llena cuartillas y cuartillas que son noticias del presente, del pasado y del porvenir, de lo que sucede y de lo que no sucede, de lo que al público interesa y de lo que sólo á sus amigos es interesante.

Para que los noticieros deben desesperrarse cuando escasean las noticias; pero no hay tal cosa. Ellos las buscan: si las hay las cogen, y si no las inventan. Y después de todo, ¿qué cosa más fácil en España que inventar noticias con probabilidades de acierto? ¡Cuándo no ocurrirán aquí cosas extraordinarias, que no digo en periódicos, en mármoles merezcan escribirse! ¡cuándo no se temerá que un general se sublevó ó un ministro dimita, ó un pueblo se amotina, ó un gobernador haga una hombrada ó un alcalde una niñería!

Cosas son esas naturalísimas y corrientes entre nosotros, y en ellas encuentra el noticiero filón inagotable de noticias supuestas, que sin necesidad del milagro pueden convertirse en verdaderas.

Por lo demás, ser noticiero á imagen y semejanza de los pocos de brocha gorda que ya van quedando, no es cosa difícil, porque la mayoría de las noticias se escriben por patron, si no es más bien, como yo presumo, que las letras abandonan solas los cajetines, y se unen, porque la costumbre de verse juntas las obliga á formar, sin extraño impulso, las noticias que, por estar siempre del mismo modo redactadas, repite de memoria el público.

Si se trata de un incendio, ya se sabe no faltará lo de «á las altas horas de la noche se declaró un violento incendio», ni lo de «gracias á las acertadas disposiciones de las autoridades, se consiguió dominar el terrible elemento»; si de un crimen, es seguro que por allí anda el robo perpetrado con su correspondiente é invariable coletilla de que «el juez de guardia se personó en el sitio de la catástrofe»; si de una defunción, no puede prescindirse del «pasó á mejor vida», ni de acompañar á la familia del muerto en su justo dolor; si de un hombre político que va á baños, hay que despedirle llamándole «distinguido y respetable amigo»; y si es preciso referir el hurto de un reloj, es moneda corriente asegurar que «el ratero no logró ser habido... ni el reloj tampoco».

Algunos noticieros, y me complazco en reconocer que forman excepción limitadísima, no brillan por su erudición ni por su ciencia. Los hay tan poco enterados de nuestro derecho y de la división judicial, que creen que hay Audiencia en Ocaña, y que segundas nupcias y matrimonio *in articulo mortis* son una cosa misma, y no es raro encontrar quien diga que se han hecho concepciones de cruces, creyendo tal vez anticuada la palabra concesiones; pero en cambio conozco uno tan esforzado, que saca de quicio al mismísimo Mediterráneo, haciendo puerto de mar á Murcia y suponiendo que pueden anclarse buques en Jaén ó en Granada.

Digo que esos noticieros escasean, y así es; los más de ellos dan notorias pruebas de ilustración y de un no vulgar ingenio. ¿Será preciso demostrarlo? Que el presidente del Consejo de ministros vaya á pié pudiendo ir en coche, significa á lo sumo para cualquiera que su excelencia tiene ganas de dar un paseo; pero un cualquiera no es un noticiero, y para éste no hay paseo sin motivo político; así es que, por sí ó por no, dice al público que se hacían comentarios acerca de la significación que pudiese tener un paseo misterioso que dió el jefe del ministerio á tal hora y que será tema de cuestión, á juzgar por el rostro huraño del ministro. Si dos hombres políticos se encuentran en la calle y se saludan... es que se han encontrado; pues no señor, quien encuentra es el noticiero; encuentra pretexto para hablar de conciliaciones y desavenencias, más ó menos posibles, en vista de la actitud de determinados elementos. Estos noticieros son, pues, los profetas de todos los cambios de situación y los que más enterados están en el enredo de la comedia política. Saludémosles con reconocimiento, porque el orden público tiene con ellos segura garantía. Ellos hacen posible la esperanza y reparten equitativamente sus mercedes. En sus invenciones ven un ríscueño porvenir de presupuesto á todo pasto, mil cesantes y la eternidad del momio de los empleados públicos. Forman en la corte de la opinión y son volubles como ella; ¡pero qué importa!

Noticieros ilustres, yo os saludo, y veo que á nadie como á los redactores de noticias puede decirseles con el poeta: *¡Dichos de ser noticieros!*

«Vuestro es el porvenir, vuestra la gloria.»

MIGUEL MOYA.

Carta de San Sebastián.

SAN SEBASTIÁN, 9 AGOSTO.

Querido amigo y director: Ni los estragos de eructos guerras, ni los sacudimientos de horribles convulsiones políticas, han logrado borrar en este delicioso país las patriarcales costumbres que tanto le distinguen del resto de España.

Para los que venimos de Madrid, es inverosímil todo lo que pasa en las Vascongadas.

Sin temor á bandidos ni secuestradores, se alzan en la cumbre de las montañas y en el interior de los bosques preciosos caseríos que blanquean como inocentes palomas medio ocultas entre el verde follaje ó dormidas sobre el césped. La seguridad en ciudades y campos es completa; los alguaciles, armados de pequeños juncos, no necesitan sable ni revolver para hacer respetar el principio de autoridad y la letra de la ley en todas partes; las puertas, sin cerrojos ni llaves inglesas, demuestran con el ligero picaporte que las defiende, la confianza de que no

han de sufrir ningun ataque violento y criminal.

Hermosas muchachas y gallardos mozos, desde los más distantes caseríos acuden á las romerías cogidos de la mano; muchas veces dos novios atraviesan enamorados los solitarios montes, los desiertos valles. Y sin embargo, las estadísticas apenas registran leves faltas contra el pudor.

Los labradores, cuando descansan de sus rudas faenas á la sombra de los manzanos, nunca sueñan con absurdos socialistas sino que piensan la mejor manera de trocar en huerta fértil y frondosa la más árida pendiente del cerro. Los habitantes del caserío cercano á la carretera se quitan la boina con respeto al pasar el coche del viajero. Y si algun desgraciado intenta convertir estas honradas comarcas en teatro de horribles delitos, el país entero, como un solo hombre, cae sobre él, le apresa, le destruye y consigue arrojar lejos de sí, con vigorosa y noble mano, la semilla del mal, que aquí no encuentra verdadero arraigo.

No sólo en las aldeas y en los pueblos, sino en esta misma capital he presenciado en pocos días hechos que atestigian notable pureza de costumbres.

Anteayer, á son de tambor, recorrió las calles de esta ciudad el pregonero, anunciando que la persona que hubiere perdido una sortija de brillantes, de gran valor, podía pasar á recogerla al sitio donde se encontraba depositada.

Una señora notó la falta de 2.500 reales en oro; dió parte á la inspección de orden público, y antes de que el pregonero diese cuenta de lo ocurrido, una criada, natural de San Sebastián, se presentó á entregar el cortucho de monedas, descubierto por un a sola punta, sin haber averiguado la cantidad que contenía. «Esto,—dijo la honrada sirvienta,—me he encontrado» entre la arena del paseo. Y se fué cantando y poniendo en tortura sobre las piedras sus piés casi desnudos.

Otro detalle, que da también idea del carácter vascongado y de la clase de justicia que aquí suele administrarse. Un viajero francés que trataba de marchar á Madrid, llegó ayer á la estación; era temprano, dejó en un rincón el sombrero, la cartera y una manta, y esperó la hora de que abrieran el despacho de billetes. Llegó en esto el tren ascendente; la duena de una casa de huéspedes manda conducir á su domicilio varios equipajes, y el mozo incluye entre ellos el sombrero, la cartera y la manta del viajero francés. La cartera contenía dinero y valores. La duena de la casa de huéspedes, una vez en la ciudad, aparta los objetos que declara no ser suyos y los envía otra vez á la estación por conducto del mozo. El viajero, que á consecuencia de la pérdida no ha podido salir en el primer tren, no se contenta con recuperar lo perdido, sino que exige indemnización de daños y perjuicios. Presentase la autoridad; se procede á fijar los perjuicios; el viajero alega la necesidad que tenía de estar en Madrid á una hora determinada; su demanda no es atendida porque aún puede, saliendo en el tren expres, llegar á Madrid oportunamente. El viajero replica que él pensaba tomar billete de segunda clase, y el expres sólo admite viajeros de primera. La autoridad encuentra más razonable esta reclamación y condena *incontinenti* á la duena de la casa de huéspedes y al mozo, culpables de un error indisculpable, al pago, por partes iguales, del exceso que tiene que abonar el viajero por diferencia de clase.

La unión entre las gentes del país es tal, que se sufre en silencio el daño propio por evitar el perjuicio ajeno. Las denuncias son muy raras en este país. Hace pocas noches, el jefe de orden público encontró tendido en tierra á un pobre hombre, con la cara llena de cardenales, á consecuencia, sin duda, de recientes y fuertes golpes recibidos en ríña. Aún se advertía en el lesionado el cansancio y la angustia de la lucha.

—¿Quién le ha pegado á usted?—le preguntó el inspector.

—¿A mí? nadie,—contestó, incorporándose trabajosamente.

—¿Quién ha sido?—repuso en tono enérgico la autoridad.

—El viento Sur,—dijo con forzada sonrisa, aparentando una borrachera que estaba muy lejos de tener.—Siempre que hay viento Sur me pasa lo mismo.

Y no hubo medio de hacerle confesar la verdad.

Las huellas de la última guerra civil se han borrado casi por completo en Guipúzcoa. El Pretendiente ha perdido toda clase de simpatías. La parte más ilustrada del ex-carlismo habla de Don Carlos con desprecio, y dice en voz muy

alta que jamás volverá á prestar su ayuda á una causa perdida ya para siempre.

Aque llos leones de la guerra son corderos en la paz.

Liberales y carlistas, confundidos en estrecho abrazo, ya no son más que vascongados; hablan poco de política, aunque mucho de sus queridos fueros, y juntos beben sidra, cantan en el orfeón y bailan el zortzico.

A veces traen á la memoria nuestras últimas discordias muchas familias vestidas de negro, un puente roto, castillos abandonados, torreones en pie y cruces puestas por mano cristiana, cual fúnebre recuerdo, al paso del caminante.

Es tan numerosa la concurrencia de forasteros á estas playas, que renuncio á la tarea de publicar los nombres más distinguidos. Son tantos, que no es posible conservarlos en la memoria.

El Sr. Castelar, cuya salida de San Sebastián ha anunciado *La Correspondencia*, sigue en esta capital.

Han llegado Frascuelo y su cuadrilla, á cuyo cargo correrá la lidia de toros durante las próximas fiestas.

El domingo último se corrieron en la plaza taurina cuatro novillos salamanquinos y dos toros procedentes de los pastos de Miraflores. Hubo los revolcones consiguientes y algun herido.

Una comparsa de muchachos de Villafranca, dirigida por el bailarín don José Antonio Olano, sueló dar en dicha plaza funciones de baile, en las cuales no falta el zortzico de cantones y con palitos el contrapás, la contradanza y los bailes de espadas, broqueles, villancicos, palos y cintas.

La temperatura varía entre 15 y 25 grados generalmente.

Anoche á las nueve salió para Santander el vapor *San Miguel* con carga y pasajeros.

Merced á la vigilancia que se ejerce en la playa, las desgracias son muy poco frecuentes. Anteayer una caseta, al ser arrastrada hacia el mar, cogió debajo de una de sus ruedas á una niña de corta edad, lastimándole la pierna izquierda. La contusión no ha resultado de importancia.

El padre de un peon caminero se ha ahogado cerca de la playa. Nadando lejos de la orilla, debió acometerle algun repentino accidente, que fué causa de su muerte.

Una noticia curiosa. El Sr. D. Fermín Lasala ha tenido el capricho de irse á pié por valles y montes desde esta capital á los baños de Santa Agueda, con objeto de saludar al señor presidente del Consejo de ministros.

Causa célebre.

La mujer desquartizada.

(Continuación.)

Entre la multitud de testigos de cargo que declararon en la audiencia del día 31 de Julio, una impresión vivamente al público, haciéndole exhalar un grito de compasión.

Era un joven vestido de rigoroso luto, Gillet, hijo de la víctima, que empleado fuera de París, acude al Mamamiento Judicial y se presenta mudo, triste y afligido, como si fuera la estatua del dolor.

El infeliz ha sabido la desastrosa muerte de su madre, leyendo en un periódico la noticia, en el *Petit Moniteur*. Nada sabe, nada puede deponer; solamente al preguntarle el presidente á cuanto ascendería el capital de su desventurada madre, responde que llegará próximamente á 15,000 francos.

Otros dos testigos se hicieron tambien notar: uno, porque en su declaración tuvo que tomar parte el acusado Barré, y otra, porque apareció en escena una que nadie conociese hasta entonces su existencia.

La primera de las dos es la señora Meilla, á quien el presidente pregunta:

P. Si no me equivoco, creo que habéis en otra ocasión dicho que habiais visto en el rostro y las manos de Barré bastantes arrañones recientes?

M. Los vi perfectamente, porque eran harto visibles.

P. Decid, Barré, el origen de esos arrañones.

B. Ya he dicho en otra ocasión que eran consecuencia de una ríña con mi querida.

La joven *Matilde Lebougle* se presenta despues, y llama la atención por ser la querida de Paul Lebiez.

Pequeña, delgada, rostro demacrado, huesudo, pómulos salientes, color de tierra el rostro, tal es la mujer por quien Lebiez ha demostrado un entrañable afecto, teniendo para todos y para todo la demas cerrado el corazón á los buenos sentimientos.

Al aparecer el nuevo testigo, Lebiez, hasta entonces impasible y cínico, se oculta el rostro con su pañuelo y se nota en él una agitación que en vano quiere ocultar.

La testigo comienza á declarar con voz trémula y débil.

P. Sé que habéis estado enferma y veo que sufrís todavía: os autorizo para que os sentéis.

A una señal del presidente, uno de los dependientes del tribunal coloca un sillón junto á la barra, y la testigo hace una reverencia y toma asiento.

(Continuará.)